

Estudios Sociales
Vol XXVII, Número 98
Octubre-Diciembre 1994

UN ASUNTO DOMINICANO LLAMADO HAITI

El Presidente Aristide acaba de regresar a Haití. La República Dominicana y Haití tienen en sus manos una nueva oportunidad de entablar relaciones fructíferas para ambos países.

Existen diferencias y quejas reales entre ambos estados. Conviene a todos presentarlas en un lenguaje moderado, y responsable, dirigido a resolver estos problemas. Cualquier candela haitiana amenaza nuestros bohíos, cualquier lluvia fronteriza moja surcos de dos banderas.

La República Dominicana ante Haití puede tomar varias posturas. Analizamos tres por parecernos las más representativas de lo que de hecho ocurre.

La primera: sectores políticos dominicanos pudieran seguir empleando a Haití como un diablo del carnaval electoral para poner en movimiento a las masas. Ciertamente que abanicando las brasas de los odios ancestrales se lograrían a corto plazo deslumbrantes llamaradas política. Piénsese en la pasada campaña electoral. Pero a largo plazo, las mismas masas que padecen los problemas reales del país rechazarían a este diablo de carnaval como la explicación de todos sus males. Una actitud dominicana de conflicto contra Haití sólo beneficiaría a dos sectores: primero, a los que quieren adueñarse del mercado haitiano, llamado a crecer, dada la laboriosidad de ese sufrido pueblo y los recursos que la culpabilidad y la generosidad internacional ya le han granjeado. En segundo lugar, el

enfrentamiento con Haití sólo beneficiaría a los que necesitan sacar a Pedro Santana de su tumba para que distraiga a la opinión pública dominicana. Es deber de todos evitar esta ruta equivocada.

Una segunda postura es todavía más ingenua. Consiste en creer que los dominicanos podemos entrar a beneficiarnos del crecimiento haitiano mientras mantenemos intactos y en escabeche recelos, prejuicios y abusos contra esa población y su gobierno. Esta postura no es realista.

Una tercera postura consiste en esforzarnos seriamente por *comprender la naturaleza de la sociedad haitiana con sus luces y sombras*, asumir sin reservas el grado de profundidad de nuestra interdependencia, deponer resueltamente los prejuicios y establecer conjuntamente las áreas de cooperación posible.

Comprenderemos mejor la naturaleza de la sociedad haitiana si reflexionamos acerca de su debilidad y lo heroico de su lucha por vivir en libertad y dignidad. Hasta 1794 el 90 % de la población haitiana era esclava. La misma Francia que promulgó la Declaración de los Derechos Fundamentales del Hombre intentó varias veces encadenar a los haitianos bajo la esclavitud. Para el 1ro de enero de 1804 Haití se convertía en la primera república independiente de América Latina. Todavía Francia duró décadas amenazando a Haití y murmurando planes y esquemas para reconquistarla. Francia sólo reconoció la independencia de Haití a cambio de someter a esa pequeña nación a las obligaciones de una deuda tan grande que Jean Pierre Boyer la usaría como excusa para adueñarse e intentar transformar radicalmente la producción agrícola dominicana.

Los que nos hemos horrorizado con la violencia en Haití en los últimos años haríamos bien en comprender que desde hace décadas en Haití las instituciones civiles son frágiles o no existen. No hablemos de los hombres y mujeres asesinados por gobiernos haitianos que han gozado del apoyo internacional, también el de los Estados Unidos.

Según un cuadro de la revista inglesa **The Economist** (Sept., 24, 1994, 21) desde su independencia Haití ha tenido unos 43

gobiernos, sin contar los que han durado días. Si nos fijamos en las 43 figuras políticas que encabezaron esas administraciones, tenemos que: 6 han muerto violentamente, uno se suicidó, 16 tuvieron que huír, principalmente a Jamaica o Francia, 8 presidieron gobiernos que duraron menos de un año, 35 de esos mandatarios terminaron su mandato de forma irregular (asesinados, o forzados a huír, uno descuartizado, otro volado por un bomba, un envenenado, uno ejecutado, otro asesinado estando preso en una cárcel estatal). Desde la intervención norteamericana, una de las más largas en América Latina (1915-1934), pocos gobiernos haitianos han podido realizar su mandato con una cierta medida de legalidad.

Por mucho tiempo la democracia haitiana caminará con paso inseguro a la velocidad de su gente y según su decisión. Se puede alimentar un pueblo, no se pueden inventar sus instituciones, ni los hombres y mujeres que las hagan funcionar.

Haití es también un asunto dominicano, y los haitianos harían muy bien en seguir muy de cerca todo lo de República Dominicana.

República Dominicana tiene sobradas experiencias históricas para temer las decisiones sobre su territorio tomadas por potencias lejanas. Esas decisiones tuvieron consecuencias y cicatrices que aún perduran. Recuérdese, por ejemplo, las abusivas devastaciones de Osorio, temprano en el siglo XVII, que le abrieron las puertas al dominio francés en la parte occidental de la Isla. La Revolución Francesa, las ilusiones autonómicas de los colonos blancos franceses del Saint Domingue a fines del siglo XVIII, la lucha del medio millón de esclavos haitianos por su libertad, los designios napoleónicos, la independencia de América Latina y otros tantos procesos cuyos orígenes no estaban en el Santo Domingo español, le afectarían para siempre. Todos esos procesos tienen su componente haitiano-dominicano. Hacemos muy bien en interesarnos en todo lo que afecta a Haití. Haríamos muy mal en vivir de espaldas a la frontera, o dejar en manos de personas irresponsables la discusión y la decisión sobre asuntos tan importantes.

Haití y República Dominicana están tan cerca que un mismo amanecer los ilumina y aunque sus sociedades se ignoren, sus sombras viven entrelazadas en su oscuridad, conversando como si fueran viejos compadres conocidos desde hace siglos, vecinos que pueden cruzar a pie el Masacre sin que se les enfríe el café.

Todo lo de Haití nos interesa y a los haitianos les pasa igual. Tan cerca estamos. El mayor río haitiano recorre 60 kilómetros de tierra dominicana. Compartiendo la misma Isla no podemos resolver ningún problema serio sin contar con los haitianos: la ecología, el uso de las aguas y ríos, la secular deforestación haitiana y la apatía forestal dominicana cuya monotonía rompen honrosamente varios valiosos esfuerzos, las epidemias que cobran vidas humanas, las plagas que destruyen animales y plantas, todos estos y muchos más, son problemas que se ríen olímpicamente de nuestras fronteras, alambradas, visas y puestos de guardias prepotentes en absurdas mangas largas, sudando sudores burocráticos en parajes tan polvorientos como olvidados.

Pero si nos acercan los problemas, también nos unen las posibilidades. Haití ya ha sido una oportunidad dorada para la débil y maltrecha industria dominicana. Deberíamos sacar todo el partido posible de esta realidad y confirmarla con hechos, calidad y precios indiscutibles.

Este número estudia varios asuntos no resueltos. El artículo de André Corten e Isis Duarte le pide su cédula a los argumentos que señalan la presencia de "Quinientos mil haitianos en República Dominicana". Concretamente, los investigadores se preguntan: "¿cuál es la proporción de trabajadores laborando y/o viviendo en el sector azucarero? ¿Cuál es la proporción de dominicanos de origen haitiano (no reconocidos como tales en su mayoría)? Finalmente, dentro de estos últimos ¿cuál es la proporción de adultos que podrían, si su estatuto estuviera regularizado, pesar sobre las consultas electorales?".

José Luis Sáez nos recuerda las efemérides más significativas de la vida eclesial haitiana.

Tahira Vargas nos ofrece un levantamiento documental para estudiar la situación dominico-haitiana. Se trata de un instrumento útil que brinda una visión general de los documentos, obras, artículos y material elaborado por diversas instituciones e intelectuales sobre este tema.

El número contiene otros dos estudios. Jorge Cela, en su artículo "Que la muñeca baje al patio: cultura y educación" nos muestra las implicaciones de esta intuición fundamental: "La educación es obra de todos: la familia, la calle, los medios de comunicación social, el mercado, las autoridades, la escuela".

Pedro L. San Miguel cierra el número con sus comentarios acerca del libro de Orlando Inoa, **Estado y campesinos al inicio de la Era de Trujillo** el cual califica como "Un libro para romper el silencio".

Al concluir el 1994, dominicanos y haitianos pueden realizar lo que ninguna organización ni dinero internacional harán por ellos: sembrar, para que el verde a ambos lados de la frontera no sea sólo de dólares, sino de árboles, para que el agua de los ríos sepa también a sudores y lo único duro entre sus dos pueblos sea los callos de las manos y el abrazo de hermanos y que dure.